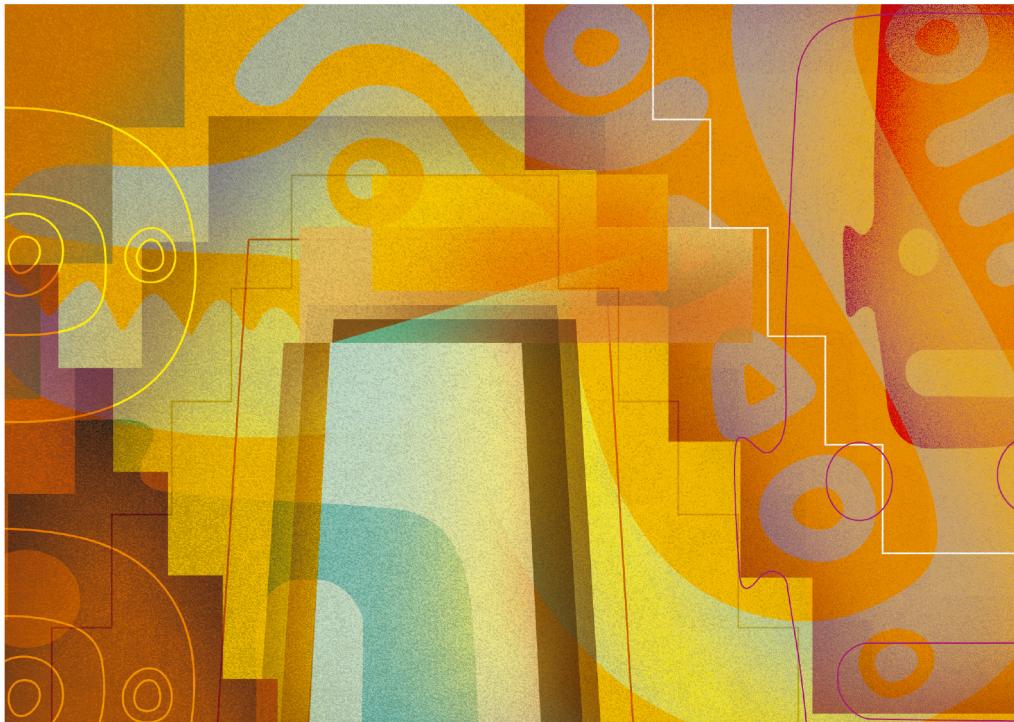


CUENTOS FANTÁSTICOS LATINO- AMERICANOS

PALABRAS
MAYORES.





PA
LA
BRAS
MA
YO
RES .



Cuentos fantásticos latinoamericanos

Julio Cortázar

Jorge Luis Borges

Manuel Rojas

Augusto Roa Bastos

Gabriel García Márquez

Juan José Arreola

Alejo Carpentier

Octavio Paz

Silvina Ocampo





Cuentos fantásticos latinoamericanos / Julio Cortázar ...
[et al.] ; compilado por Mercedes Calero. - 1a ed . - Buenos
Aires : Factotum Ediciones ; Madrid : Editorial Popular,
2017.

120 p. ; 22 x 15 cm. - (Palabras mayores / Indij, Guido)

ISBN 978-987-46218-6-3

1. Cuentos. 2. Cuentos Fantásticos. 3. Narrativa
Latinoamericana. I. Calero, Mercedes , comp.

CDD 863

© Factotum Ediciones, 2017

Pasaje Rivarola 169 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

info@factotumediciones.com

© Editorial Popular, 1987, 1988, 2017

C/Doctor Esquerdo, 173 6º Izda.

Madrid, España

www.editorialpopular.com

Compilación: Mercedes Calero

Coordinación editorial: Renata Cercelli

Prólogo: Hugo Salas

Diseño de tapa: Javier Basile y Melina Olivella | Grupo KPR

Ilustración de tapa: Melina Olivella | Grupo KPR

Diseño de interiores: Renata Cercelli

Armado: Brenda Wainer

Corrección: Jessica Presman y Mercedes Alonso

ISBN 978-987-46218-6-3

Libro de edición argentina.

Impreso en China. *Printed in China.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Prólogo

La caracterización del género en que se inscriben estos textos parecería, en principio, tarea sencilla. A diferencia de lo maravilloso, situado en un mundo donde lo mágico y lo sobrenatural se presentan como cosa corriente, lo propio del fantástico es la irrupción de lo imposible, lo inesperado, en un contexto similar o afín al de lo cotidiano. Las diez historias de este volumen, sin embargo, dan cuenta de lo difuso de esta frontera; complicarla hasta hacerla irreconocible acaso sea el propósito mismo del género.

El panorama resulta más complejo aún en el caso específico de la literatura latinoamericana, marcada desde sus inicios por la tensión entre la realidad europea que traían en mente los conquistadores y este mundo nuevo, inmenso y diverso, donde todo parecía cosa de leyenda, de hechicería, de portento.

En tierra de Indias, la lengua de Castilla queda para siempre entrampada en la lógica ambigua del fantástico, único modo de dar cuenta de una dislocación histórica imposible de superar.

Esta, al menos, fue una idea compartida por muchos de los autores del *boom latinoamericano* de las décadas de 1960 y 1970, en consonancia con el interés político por denunciar las formas contemporáneas del colonialismo. De hecho, es interesante advertir que esta incomodidad ante la lengua ajena como espacio de representación de las cosas reales es compartida incluso por escritores con disidencias ideológicas tan marcadas como Jorge Luis Borges y Gabriel García Márquez.

En términos generales, tal espíritu conduce a dos grandes manifestaciones literarias: el fantástico propiamente dicho, en el Río de la Plata, y el realismo mágico, en la zona del Caribe. El primero encontraría el asombro sobre todo en la especulación filosófica y la destreza formal, con cierta influencia del surrealismo europeo; el segundo lo buscaría sobre todo en el legado etnográfico, en la recuperación imaginaria del tesoro de los pueblos perdidos. Otra vez, tales distinciones son sólo orientativas, y en más de un caso se advierten préstamos en un sentido u otro.

Abre la colección uno de los cuentos más conocidos de Julio Cortázar, claro exponente del fantástico por

destreza formal, en el que como suele suceder en la primera parte de su obra, la inquietud y lo supernatural -por no decir surreal- surgen como resultado de un efecto sintáctico. Son las propias posibilidades de la gramática las que alejan al lenguaje de la cosa real.

La misma postulación ha tenido siempre ribetes filofósicos en Jorge Luis Borges, a condición de que se entienda que para el gran escritor argentino la filosofía no es disciplina de conocimiento sino una forma más de juego de palabras. “No puede ser, pero es”, se deja oír casi como definición del género en uno de sus grandes cuentos, en cuya trama el libro y la posibilidad infinita del lenguaje terminan siendo la materia misma de la que están hechas todas las cosas.

En una veta más tradicional, Manuel Rojas ofrece un relato que puede leerse como una magistral reinterpretación americana de las formas clásicas europeas. El contraste resulta abrupto frente a Augusto Roa Bastos, quien sorprende, como siempre, con el caudal portentoso de una lengua capaz de volver alucinatorio y fantasmagórico lo real y la historia por mero detalle y esmero en su representación misma.

Las fuertes vinculaciones del realismo mágico con formas como la leyenda y el mito se advierten en el relato que aquí reproducimos de uno de sus mayores exponentes, Gabriel García Márquez, dueño de una

destreza tal que le permite construir toda la trama a partir de una situación impresionista, fugaz, del estilo donde suelen naufragar los escritores menos avezados.

Por su parte, Juan José Arreola aparece aquí con uno de esos curiosos especímenes donde la representación paródica de la realidad latinoamericana encuentra camino regio en la inflexión insospechada de una de las mayores sombras de la vanguardia europea, la de Franz Kafka.

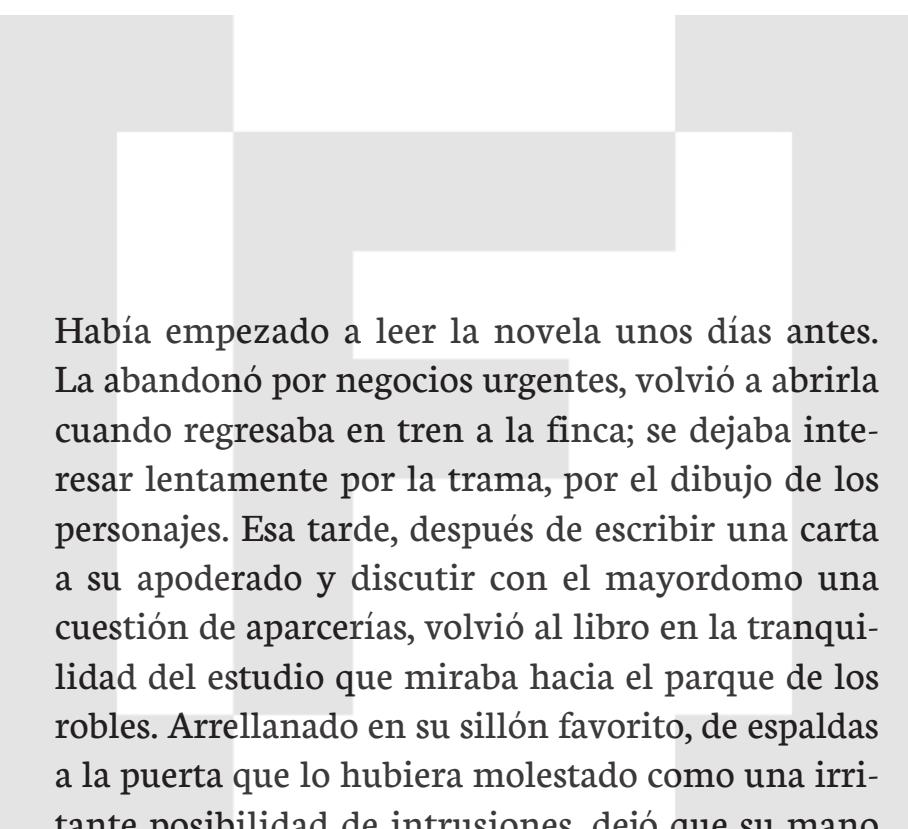
Como suele ocurrir con los cubanos, Alejo Carpentier deslumbra con el manejo del español y del archivo europeo característicos de la singularidad insular. En su caso, además, es una clara concepción de la literatura como música la que borra los límites entre lengua y realidad, en un continuo fascinador y narcotizante.

Cierran la colección un mexicano y una argentina quienes, con todas sus diferencias, cultivan la apuesta por el hallazgo de lo insólito en la velocidad de las palabras por morder su propia cola, explotada con espíritu lúdico. En los cuentos de Octavio Paz y Silvina Ocampo -poetas además los dos- se advierte el influjo de las vanguardias parisinas de comienzos de siglo, delineando aún más esas tensas relaciones entre centro y periferia que, desde los diarios mismos de Cristóbal Colón, dan marco y sentido al fantástico latinoamericano.

Hugo Salas

Continuidad de los parques

Julio Cortázar



Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi enseguida. Gozaba del placer casi perverso de

irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, rechosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes y se sentía que todo está decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía

El hombre de la rosa

Manuel Rojas

En el atardecer de un día de noviembre, hace ya algunos años, llegó a Osorno, en misión catequista, una partida de misioneros capuchinos.

Eran seis frailes barbudos, de complejión recia, rostros enérgicos y ademanes desenvueltos.

La vida errante que llevaban les había diferenciado profundamente de los individuos de las demás Órdenes religiosas. En contacto continuo con la naturaleza bravía de las regiones australes, hechos sus cuerpos a las largas marchas a través de las selvas, expuestos siempre a los ramalazos del viento y de la lluvia, estos seis frailes barbudos habían perdido ese aire de religiosidad inmóvil que tienen aquellos que viven confinados en el calorcillo de los patios del convento.

Reunidos casualmente en Valdivia, llegados unos de las reducciones indígenas de Angol, otros de

La Imperial, otros de Temuco, hicieron juntos el viaje hasta Osorno, ciudad en que realizarían una semana misionera y desde la cual se repartirían luego, por los caminos de la selva, en cumplimiento de su misión evangelizadora.

Eran seis frailes de una pieza y con toda la barba.

Se destacaba entre ellos el padre Espinoza, veterano ya en las misiones del sur, hombre de unos cuarenta y cinco años, alto de estatura, vigoroso, con empaque de hombre de acción y aire de bondad y de finura.

Era uno de esos frailes que encantan a algunas mujeres y que gustan a todos los hombres.

Tenía una sobria cabeza de renegrido cabello, que de negro azuleaba a veces como el plumaje de los tordos. La cara de tez morena pálida, cubierta profusamente por la barba y el bigote capuchinos. La nariz un poco ancha; la boca, fresca; los ojos, negros y brillantes. A través del hábito se adivinaba el cuerpo ágil y musculoso.

La vida del padre Espinoza era tan interesante como la de cualquier hombre de acción, como la de un conquistador, como la de un capitán de bandidos, como la de un guerrillero. Y un poco de cada uno de ellos parecía tener en su apostura, y no le hubieran sentado mal la armadura del primero, la manta y el caballo fino de boca del segundo y el traje liviano

y las armas rápidas del último. Pero, pareciendo y pudiendo ser cada uno de aquellos hombres, era otro muy distinto. Era un hombre sencillo, comprensivo, penetrante, con una fe ardiente y dinámica y un espíritu religioso entusiasta y acogedor, despojado de toda cosa frívola.

Quince años llevaba recorriendo la región araucana. Los indios que habían sido catequizados por el padre Espinoza, adorábanlo. Sonreía al preguntar y al responder. Parecía estar siempre hablando con almas sencillas como la suya.

Tal era el padre Espinoza, fraile misionero, hombre de una pieza y con toda la barba.

Al día siguiente, anunciada ya la semana misionera, una heterogénea muchedumbre de catecúmenos llenó el primer patio del convento en que ella se realizaría.

Chilotes, trabajadores del campo y de las industrias, indios, vagabundos, madereros, se fueron amontonando allí lentamente, en busca y espera de la palabra evangelizadora de los misioneros. Pobremente vestidos, la mayor parte descalzos o calzados con groseras ojotas, algunos llevando nada más que camiseta y pantalón, sucias y destrozadas ambas prendas por el largo uso, rostros embrutecidos por el alcohol y la ignorancia; toda una fauna informe, salida de los bosques cercanos y de los tugurios de la ciudad.

Los misioneros estaban ya acostumbrados a ese auditorio y no ignoraban que muchos de aquellos infelices venían, más que en busca de una verdad, en demanda de su generosidad, pues los religiosos, durante las misiones, acostumbraban repartir comida y ropa a los más hambrientos y desharrapados.

Todo el día trabajaron los capuchinos. Debajo de los árboles o en los rincones del patio, se apilaban los hombres, contestando como podían, o como se les enseñaba, las preguntas inocentes del catecismo:

—¿Dónde está Dios?

—En el cielo, en la tierra y en todo lugar —respondían en coro, con una monotonía desesperante.

El padre Espinoza, que era el que mejor dominaba la lengua indígena, catequizaba a los indios, tarea terrible, capaz de cansar a cualquier varón fuerte, pues el indio, además de presentar grandes dificultades intelectuales tiene también dificultades en el lenguaje.

Pero todo fue marchando y al cabo de tres días, terminado el aprendizaje de las nociones elementales de la doctrina cristiana, empezaron las confesiones. Con esto disminuyó considerablemente el grupo de catecúmenos, especialmente el de aquellos que ya habían conseguido ropas o alimentos; pero el número siguió siendo crecido.

La excavación

Augusto Roa Bastos

El primer desprendimiento de tierra se produjo a unos tres metros, a sus espaldas. No le pareció al principio nada alarmante. Sería solamente una veta blanda del terreno de arriba. Las tinieblas apenas se pusieron un poco más densas en el angosto agujero por el que únicamente arrastrándose sobre el vientre un hombre podía avanzar o retroceder. No podía detenerse ahora. Siguió avanzando con el plato de hojalata que le servía de perforador. La creciente humedad que iba impregnando la tosca³ dura lo alentaba. La barranca ya no estaría lejos; a lo sumo, unos cuatro o cinco metros, lo que representaba unos veinticinco días más de trabajo hasta el boquete liberador sobre el río.

Alternándose en turnos seguidos de cuatro horas, seis presos hacían avanzar la excavación veinte

3. Tosca: piedra caliza ligera.

centímetros diariamente. Hubieran podido avanzar más rápido, pero la capacidad de trabajo estaba limitada por la posibilidad de desalojar la tierra en el tacho de desperdicios sin que fuera notada. Se habían abstenido de orinar en la lata que entraba y salía dos veces al día. Lo hacían en los rincones de la celda húmeda y agrietada, con lo que si bien aumentaban el hedor siniestro de la reclusión, ganaban también unos cuantos centímetros más de bodega para el contrabando de tierra excavada.

La guerra civil había concluido seis meses atrás. La perforación del túnel duraba cuatro. Entretanto, habían fallecido por diferentes causas, no del todo apacibles, diecisiete de los ochenta y nueve presos políticos que se hallaban amontonados en esa inhóspita celda, antro, retrete, ergástulo pestilente, donde en tiempos de calma no habían entrado nunca más de ocho o diez presos comunes.

De los diecisiete presos que habían tenido la estúpida ocurrencia de morirse, a nueve se los habían llevado distintas enfermedades contraídas antes o después de la prisión; a cuatro, los apremios urgentes de la cámara de torturas; a dos, la ruda ventosa de la tisis galopante. Otros dos se habían suicidado abriendose las venas, uno con la púa de la hebilla del cinto; el otro, con el plato cuyo borde afiló en la pared y

que ahora servía de herramienta para la abertura del túnel.

Esta estadística era la que regía la vida de esos desgraciados. Sus esperanzas y desalientos. Su congoja callosa pero aún sensitiva. Su sed, el hambre, los dolores, el hedor, su odio encendido en la sangre, en los ojos, como esas mariposas de aceite que a pocos metros de allí -tal vez solamente a un centenar- brillaban en la Catedral delante de las imágenes.

La única respiración venía por el agujero aún ciego, aún nonato, que iba creciendo como un hijo en el vientre de esos hombres ansiosos. Por allí venía el olor puro de la libertad, un soplo fresco y brillante entre los excrementos. Y allí se tocaba, en una especie de inminencia trabajada por el vértigo, todo lo que estaba más allá de ese boquete negro.

Eso era lo que sentían los presos cuando escarbaban la tosca con el plato de hojalata en la noche angosta del túnel.

* * *

Un nuevo desprendimiento le enterró esta vez las piernas hasta los riñones. Quiso moverse, encoger las extremidades atrapadas, pero no pudo. De golpe tuvo exacta conciencia de lo que sucedía, mientras

Índice

Prólogo, 5

Continuidad de los parques, 9

Julio Cortázar

El libro de arena, 13

Jorge Luis Borges

El hombre de la rosa, 21

Manuel Rojas

La excavación, 39

Augusto Roa Bastos

El ahogado más hermoso del mundo, 51

Gabriel García Márquez

El guardaguas, 63

Juan José Arreola

Semejante a la noche, 75

Alejo Carpentier

Encuentro, 97

Octavio Paz

El ramo azul, 101

Octavio Paz

La soga, 107

Silvina Ocampo



**PALABRAS —
MAYORES —**

Títulos de la colección

- Cuentos a la carta
- Cuentos brasileños
- Cuentos crueles
- Cuentos de terror
- Cuentos del espacio
- Cuentos extraordinarios
- Cuentos fantásticos latinoamericanos
- Cuentos increíbles
- Cuentos inteligentes
- Cuentos inteligentes del siglo XX
- Cuentos japoneses
- Cuentos latinoamericanos
- Cuentos perversos
- Cuentos policiales



PALABRAS 31 puntos

PALABRAS M 25 puntos

PALABRAS MAYC 20 puntos

PALABRAS MAYOF 18 puntos

PALABRAS MAYORES 16 puntos

♦ **PALABRAS MAYORES** 15,5 puntos

PALABRAS MAYORES] 15 puntos

PALABRAS MAYORES PA 14 puntos

PALABRAS MAYORES PAL 13 puntos

PALABRAS MAYORES PALAI 12 puntos

PALABRAS MAYORES PALABR 11 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS 10 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MA 9 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PAL 7 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PALABRAS I 6 puntos

PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES PALABRAS MAYORES F 5 puntos

PALABRAS MAYORES es la colección de literatura que diseñamos pensando en tu confort. Elegimos para ello la tipografía, su tamaño e interespacios, las interlíneas y los márgenes de página más cómodos.

Cuanto menos se cansa tu vista, más leés.

Cuanto más leés, más lejos llegás.